

MISA CRISMAL
S. I. Catedral Basílica, 19.03 de 2008

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

“Aquel que nos amó, nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre, a Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (Ap 1, 5-6).

El Espíritu del Señor nos congrega en nuestra S. I. Catedral Basílica, madre y cabeza de todas las iglesias de la Diócesis, donde el Obispo tiene su sede para enseñar y regir y su altar para santificar, para celebrar la Misa Crismal, preludeo del Triduo Pascual.

Agradezco la presencia de consagrados y laicos, que queréis acompañarnos en esta mañana para dar gracias a Dios por el don inmenso del sacerdocio ministerial, nacido de la institución de la Eucaristía en el Cenáculo. Sé que de vuestros corazones surge espontánea la gratitud a vuestros sacerdotes por su entrega silenciosa y permanente, sin medida y sin reloj. Pedid en esta Santa Misa por ellos, pues vais a ser testigos de la renovación de sus promesas sacerdotales.

A este sentimiento de gratitud de los laicos y consagrados, uno mi propio agradecimiento sincero. Hermanos y amigos sacerdotes: quiero manifestaros con el corazón abierto mi aprecio y gratitud, al mismo tiempo que renuevo mi disponibilidad de entregarme a la Diócesis y de servir y acompañaros humana, espiritual y sacerdotalmente con las fuerzas que Dios me dé, aun en medio de mis fragilidades y pecados. Rezo por vosotros y sé que vosotros rezáis también por mí. Os agradezco de corazón vuestra presencia numerosa esta mañana aquí en la Catedral de la Diócesis, en los umbrales del *“Triduo de Cristo crucificado, sepultado y resucitado”* (San Agustín, *Carta 55*, 14). Habéis venido de los cuatro puntos cardinales de la Diócesis: desde Castro Urdiales a Unquera y desde Santander a Campoo. Quiero sentir también la cercanía de los sacerdotes ancianos, enfermos, los que no han podido venir por diversos motivos, los sacerdotes misioneros y también los sacerdotes difuntos en este último año y han recibido ya la corona prometida a los siervos fieles y cumplidores. Los tenemos presentes en el recuerdo agradecido y en la oración de la Iglesia.

Significado de la Misa Crismal

“La Misa Crismal, que el Obispo celebra con su presbiterio, y dentro de la cual consagra el santo crisma y bendice los demás óleos, es como una manifestación de comunión de los presbíteros con el propio Obispo” (OGMR, 157). Con el santo crisma consagrado por el Obispo, se ungen los recién bautizados, los confirmados son sellados, y se ungen las manos de los presbíteros, la cabeza de los Obispos y la Iglesia y los altares en su dedicación. Con el óleo de los catecúmenos, éstos se preparan y disponen al bautismo. Con el óleo de los enfermos, éstos reciben el alivio en su debilidad.

Hoy, queridos hermanos sacerdotes, renovamos un año más las promesas que hicimos el día de nuestra ordenación sacerdotal. El pueblo fiel es testigo de que asumís con gozo el don y el compromiso de seguir al Señor, de ser fieles a su llamada, porque

recordáis el día en que vuestras manos olían a crisma y sentíais el amor de Cristo, que os llamó para estar con Él y para enviaros a predicar (cfr. *Mc* 3, 14).

Eucaristía y sacramento del Orden

El Santo Padre el Papa Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis*, en el apartado dedicado a la relación de la Eucaristía con los demás sacramentos, habla de la relación entre la Eucaristía y el sacramento del Orden. Nos dice el Santo Padre: “La relación intrínseca entre Eucaristía y sacramento del Orden se desprende de las mismas palabras de Jesús en el Cenáculo: “haced esto en conmemoración mía” (*Lc* 22, 19). En efecto, la víspera de su muerte, Jesús instituyó la Eucaristía y fundó al mismo tiempo *el sacerdocio de la nueva Alianza*. Él es sacerdote, víctima y altar: mediador entre Dios Padre y el pueblo (cfr. *Hb* 5, 5-10), víctima de expiación (cfr. *I Jn* 2, 2; 4, 10) que se ofrece a sí mismo en el altar de la cruz. Nadie puede decir “esto es mi cuerpo” y “éste es el cáliz de mi sangre” si no es en el nombre y en la persona de Cristo, único sacerdote de la nueva y eterna Alianza (cfr. *Hb* 8-9) (nº. 23). Los sacerdotes actuamos *in persona Christi capitis* (en la persona de Cristo cabeza).

Jesucristo, queridos sacerdotes, “*el testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra*” (*Ap* 5, 1), “*centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones*” (*GS* 45), debe ser, por eso, nuestra única pasión, el centro de nuestros pensamientos y deseos. Nuestro ministerio es representación sacramental de Cristo, porque es Él quien bautiza cuando nosotros derramamos el agua sobre los neófitos, quien perdona los pecados cuando nosotros absolvemos y es su cuerpo el que hacemos presente con nuestra palabra cuando celebramos cada día la Eucaristía. Sin Cristo, nuestro ser y nuestro ministerio se desvanecen. Necesitamos contemplarlo largamente cada día, en la adoración silenciosa. Cristo nuestro amigo, rompe nuestra soledad; rompe el individualismo y la autosuficiencia; construye nuestra comunión y fraternidad sacerdotal, por encima de nuestras diferencias; y llena enteramente nuestro corazón, nuestro celibato sacerdotal, que “no basta con comprenderlo en términos meramente funcionales”. (*Ibidem*, nº 24), sino como una abundancia de amor a Cristo y a su Iglesia.

Como los Apóstoles, hemos sido elegidos para estar con Él y hemos sido enviados a predicar el Evangelio (cfr. *Mc* 3, 14). La misión del sacerdote sólo tiene garantías de éxito si nace de la unión y amistad con Jesús. El sarmiento es estéril si se separa de la vid. Es la experiencia de San Pablo: “*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*” (*Fil* 4, 13). La calidad de nuestra misión y actividad arranca de nuestra íntima y profunda amistad con Jesús; mientras que la bajada de tensión de nuestro vigor apostólico es signo de una amistad enferma, debilitada o mortecina.

Queridos sacerdotes: en los tiempos recios y duros que estamos viviendo no cabe el derrotismo y la angustia, si estamos fundados en el amor de Cristo y en su amistad. No podemos evangelizar con miedos y con pesimismo. Tenemos que estar preocupados, pero siempre esperanzados, porque sabemos de quien nos hemos fiado (cfr. *I Tim* 1, 12) y “la esperanza no defrauda” (*Rom* 5, 5). A pesar de la “fuerte oleada de laicismo” y secularismo, que hiela las raíces cristianas de nuestro pueblo; a pesar del “proceso de descristianización y deterioro moral de la vida personal, familiar y social”, para el sacerdote amigo de Jesús es éste un tiempo apasionante y de gracia; tiempo de sementera de sol a sol; tiempo de poner la mano en el arado con decisión y sin titubeos (cfr. *Lc* 9, 62); tiempo de “remar mar adentro” y de echar las redes en el nombre del Señor (cfr. *Lc* 5, 4); tiempo de abrir nuevos caminos en el campo pastoral, como son las *Unidades Pastorales*, que tenemos que acoger con ilusión y esperanza como llamada de

la Iglesia y uno de los “signos de los tiempos”. Queridos hermanos sacerdotes: como Obispo vuestro os exhorto vivamente a ponerlas en funcionamiento después de los pasos ya dados por mi antecesor, D. José Vilaplana. Hay que llenarlas de contenido y de espíritu, desarrollando entre todos en las Unidades Pastorales *una pastoral de comunión; una pastoral de misión; una pastoral de corresponsabilidad; una pastoral de formación para el compromiso; una pastoral de caridad y solidaridad con los más pobres; una pastoral organizada y programada, una pastoral de fraternidad sacerdotal y apostólica; una pastoral encarnada en la realidad*. No tengamos miedo, vencamos resistencias, rechacemos desalientos, superemos inercias, seamos creativos, tengamos esperanza paciente en los procesos y confiemos en el Señor.

Termino mi homilía haciendo una llamada y un ruego a los laicos y consagrados: acompañad a los sacerdotes cuando sientan el cansancio, la enfermedad, el sufrimiento y la cruz; y rezad por los sacerdotes y seminaristas, rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies (cfr. *Lc 10, 2*). Dirijo este ruego muy especialmente a vosotros, queridos sacerdotes, primeros protagonistas de la pastoral vocacional, según acabo de escribir en mi carta pastoral sobre las vocaciones sacerdotales, que habéis recibido: leedla, estudiadla y oradla. Entre todos tenemos que crear en la Diócesis una “*nueva cultura vocacional en los jóvenes y en las familias*” (NenE).

Queridos hermanos: pongo en las manos de nuestra Madre la Bien Aparecida todo lo que acabo de proponer en esta homilía y, sobre todo, confío a sus cuidados maternales vuestras vidas sacerdotales. ¡Que San Emeterio y San Celedonio, nuestros Patronos, intercedan ante Dios para que todos los sacerdotes de nuestro presbiterio diocesano trabajemos por la unidad, la comunión y el anuncio del evangelio en esta Iglesia que peregrina en Cantabria y en el valle de Mena. Amén.